



EL TIEMPO
 Madrid
 Personalízalo para tu ciudad
 ver la previsión >
 viajes marsans



BUSQUEDAS En Internet

Noticias Edición impresa Tu correo Suplementos Servicios Multimedia Charlas Tienda Clasificados



118 Viernes 9 de marzo de 2001

EN ÓRBITA por Francisco Casavella

Hablando de Van Morrison



Allá por 1996 en los exquisitos discolibros que publicaba El Europeo, descubrí a un cantante valenciano de nombre Bustamante. El disco se llamaba Sinfonía de las horas y un tema destacaba con mucho por encima de los demás: Hablando de Van Morrison. La canción no sólo era un homenaje lleno de encanto a la figura del vocalista de Belfast, sino una proclama ética y estética con una mezcla arrebatadora de ingenuidad e inteligencia, dos palabras que en estos tiempos parecen haberse vuelto contradictorias cuando sólo pueden serlo para los imbéciles. Pero a lo que iba, era un pedazo de canción y por ello decidí hacer mío y sólo mío a Bustamante (sin saber que sabios como Juan de Pablos o Jordi Turtós ya tenían el gusto de conocerlo desde hacía tiempo) como muchos años antes, tras comprar Astral Weeks, había decidido convertir a Van Morrison en un cantante de mi exclusiva propiedad.

Ahora pueden llamarme snob, caprichoso o mal criado y hasta imbécil si se han sentido aludidos por el comentario anterior, consideran ingenuidad e inteligencia como términos contradictorios y se ven a sí mismos como personas astutas y de un cociente intelectual que le da la vuelta al marcador, pero después de escuchar una versión de Danza Invisible de On The Bright Side of The Road empecé a ponerme muy nervioso, y cuando vi un anuncio de no sé qué, ilustrado musicalmente con Brown Eyed Girl, ya me dio un colapso. Así que desde esta columna trajana prohíbo la escucha y el fervor por el señor Van Morrison a cualquiera que no sea Julio Bustamante, Javier Urréjola, Carlos Berlanga (que hace poco también reconoció su adoración por Van, The Man, pese a la gente) y, por supuesto, a mí mismo.

Porque soy de los que piensa que la adoración musical no es un asunto democrático. Francamente, me molesta que a un idiota le gusten las mismas cosas que a mí. Antes aún practicaba cierto apostolado musical y tendía a difundir la buena nueva si descubría algo que me gustaba. Ahora no digo ni pío a menos que me paguen. Sé que perjuicio (aunque ya ves tú el perjuicio que yo pueda provocar) la difusión del artista, sé que mi actitud es un síntoma de que me estoy volviendo majara o la evidencia definitiva de que soy, fui y seré un imbécil, porque, entre otras muchas razones, a alguien le ha tenido que gustar algo para editarlo y hacerlo llegar a mis oídos. Es decir, que una actitud aristocrática en estos casos es, esta vez sí, definitivamente imbécil. Pero es que no soporto a los fans de Van Morrison. Son gente superior a mis ya escasas fuerzas.



| [La Luna](#) | [El Mundo](#) |

Noticias Edición impresa Tu correo Suplementos Servicios Multimedia Charlas Tienda Clasificados